

América Latina: entre el neopopulismo y la modernidad

DOCUMENTOS

EL POPULISMO PRODUCE Y CONSOLIDA EL ATRASO

Por Marcos Aguinis

AMÉRICA LATINA: LOS PARADIGMAS DE SU ATRASO

Por Enrique Krauze

Marcos Aguinis nació en Córdoba, Argentina, en el año 1935. Es autor de nueve novelas, once libros de ensayos, cuatro libros de cuentos y dos biografías. En los últimos años todos sus títulos se convirtieron en best-sellers. Recibió, entre otros, el Premio Planeta (España), la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, el Premio Reforma Universitaria (Universidad de La Plata), el Premio Fernando Jenó (México), Premio Benemérito de la Cultura de la Academia de Artes y Ciencias de la Comunicación, Premio Nacional de Sociología, Premio Lobo de Mar, Premio Swami Pranavananda, la Plaqueta de Plata Anual de la Agencia EFE por su contribución al fortalecimiento de la lengua y la cultura iberoamericanas y fue designado por Francia Caballero de las Letras y las Artes. Le otorgaron el título de Doctor Honoris Causa la Tel Aviv University (2002) y la Universidad de San Luis (2000). En 1995 la Sociedad Argentina de Escritores le confirió el Gran Premio de Honor por la totalidad de su obra.



Enrique Krauze nació en México en 1947. Es escritor, Doctor en Historia y Director de la revista Letras Libres. Además de sus colaboraciones periodísticas de crítica política en Reforma, El Norte, La Jornada y la publicación de dos recopilaciones de sus mejores ensayos, Textos heréticos (1992) y Tiempo contado (1996), Krauze tiene tres éxitos editoriales: Siglo de Caudillos (1994), que le valió el IV Premio Comillas en 1993; Mexico: Biography of Power. A History of Modern Mexico, 1810-1996 (1997) que consolidó su presencia como escritor, historiador y crítico a nivel internacional y La presidencia imperial, (1997) análisis profundo del sistema político mexicano a través de los presidentes. Tusquets publicará en diciembre de 2003 su libro Travesía Liberal.



EL POPULISMO PRODUCE Y CONSOLIDA EL ATRASO

Por Marcos Aguinis

Para no navegar en abstracciones, comienzo con una referencia muy concreta, que me duele: mi país. La Argentina bate récords en materia de hegemonía populista. Al populismo lo tenemos metido en la sangre desde principios del siglo XX, y se nutre de tradiciones que se remontan al tiempo colonial. Hubo interregnos, lo reconozco, y meritorios esfuerzos de superación. Pero siempre retorna, para colmo, remozado. Y oculto.

Hace apenas un par de años los cacerolazos tumbaron un gobierno legítimamente elegido y rutilaron las expectativas de cambios profundos que nos sacarían de la ciénaga. Íbamos a dejar atrás la decadencia (creíamos). Se especuló con la democracia directa como si entre nosotros hubiese resucitado Atenas; se decía que las enardecidas asambleas populares parirían una nueva dirigencia, más honesta, más eficaz. La gente buscó y atacó culpables a mansalva, de manera feroz, como en los tiempos del gorro frigio y la guillotina. Urgía hacer trizas del enemigo que nos había sometido a tanta desgracia. La persecución, sin embargo, resultó difícil: parecíamos el cazador inhábil que sólo consigue frustraciones: la verdadera presa no se dejaba atrapar y evitaba los golpes que llovían por doquier. A ese enemigo acérrimo —no se pensaba ni por asomo en el populismo— se lo identificó sucesivamente con otras cosas: los últimos gobiernos, los bancos, las empresas extranjeras, los políticos. El resultado fue que, en buena medida, “logramos” expulsar a varios chupa-sangre que eran ciertos bancos, empresas extranjeras, inversores, pero no a muchos políticos que, por ser patrimonio de nuestra sociedad, continúan como si tal cosa y en su mayoría acaban de ser reelectos, pese a la sonora consigna que dio vuelta al mundo: “¡que se vayan todos!”. ¿La recuerdan? Después esa consigna se convirtió en un papelón, ciertamente... o en una muestra del miedo que tenemos a un cambio de verdad. Se quedaron casi todos, en especial los peores.

Vuelvo a la pregunta inicial: ¿conseguimos identificar y librarnos del cáncer? No: el populismo y sus múltiples trampas, continúa.

También —desde hace rato— relacionamos la etiología de nuestra creciente miseria con los intereses externos. Pero el cómico argentino Enrique Pinti lanzó una iracunda réplica: “¿Intereses foráneos? ¿qué intere-

ses foráneos? Estoy harto de escuchar las mismas palabras desde que era chico: los intereses foráneos. Desde la izquierda y desde la derecha. Tengo los huevos por el piso con eso de los intereses foráneos, el capitalismo salvaje, el Tío Sam... Ya estoy podrido de esa explicación, porque otros países, que también tienen al Tío Sam encima, y a cuantos intereses foráneos se te ocurra, funcionan bien. Nosotros no.”

Si tampoco el peor de los enemigos son los intereses foráneos, es obvio que uno de esos endriagos malditos se encuentra bien agazapado dentro de nuestro país. Nos cuesta reconocerlo porque ha penetrado en la sangre como un virus. Recorre arterias y capilares, impregna cada célula, influye en el pensar cotidiano. Es un pilar de la identidad colectiva de Argentina, de América latina y de casi todos los países de Africa y Asia. Pero escabulle su responsabilidad.

En efecto, la otrora próspera Argentina es un país donde el populismo nos muestra cuánto daño puede generar. Confunde patología con salud y distorsiones con el camino recto. Hasta su nombre es engañoso. Deriva de la palabra pueblo, pero populismo no significa interés dominante por el bienestar de ningún pueblo. Tampoco que se gobierne en su favor. Significa que se manipula el pueblo para satisfacer al caudillo de turno o a su círculo de fieles. El pueblo no es servido, sino enajenado. Cae bajo la hipnosis de quien simula amarlo y sacrificarse por su felicidad. El pueblo en este caso no es sujeto, sino rebaño que se conduce, alimenta y carnea.

El instrumento de elección para engrillar los tobillos y el cerebro de una sociedad populista es el asistencialismo clientelista. No es nuevo: lo inventó Luis Napoleón III en el tercer cuarto del siglo XIX. Conmovió a las multitudes pobres hasta enamorarlas, y de esa forma desvió la energía de su rebelión hacia el sometimiento político. No lo aplicó para mejorar la vida de los franceses, sino para que los franceses lo siguiesen respaldando a él y a su corte. De ahí proviene la palabra bonapartismo. La exitosa técnica fue luego imitada por Bismarck y, en el siglo XX, por Mussolini, Hitler y otros personajes, que la perfeccionaron con la movilización de masas y una ficción (sólo ficción) revolucionaria. Observemos que, hoy en día, los fundamentalismos religiosos enajenan a

cientos de millones con esas mismas técnicas.

El asistencialismo clientelista suele defenderse con argumentos que parecen racionales. Pero su uso, a la larga, no es provechoso para una sociedad. El asistencialismo es un recurso extremo, no el de elección, como sucede en los sistemas populistas. Es inevitable que produzca una involución social de graves consecuencias, aunque satisfaga en lo inmediato urgencias básicas que nadie podría negar. Genera un retroceso hacia la dependencia, la dádiva, y arrastra vastos sectores de la sociedad hacia una postura infantil, demandante y acrítica. Los jefes que utilizan el asistencialismo no están interesados en que los ciudadanos maduren hacia la autonomía y el bienestar. No quieren que se desprendan de su protección. Por eso regalan pescado, nunca cañas de pescar. No se afanan para que prosperen de veras, sino para que subsistan como un dócil ejército que jamás se insubordinará. El populismo quiere que el pueblo sea mediocre y cómplice; lo quiere fanáticamente agradecido, irracional, miserable. Y tiene éxito: veamos un mapamundi y suframos ante las extensas regiones sometidas a su ponzofia.

Una de sus técnicas predilectas es aumentar la burocracia, llenar las dependencias de “ñoquis” (como decimos en Argentina), convertir el sector público en una vizcachera de quioscos que alimentan a los punteros políticos, encargados de mantener una clientela miope y adicta. En consecuencia, el asistencialismo excede su tarea de estricto y honesto salvataje, porque en realidad busca obscenas retribuciones políticas, y no va acompañado de iniciativas vigorosas que estimulen el progreso.

A poco de restablecerse la democracia viajé a la ciudad de Tucumán en calidad de secretario de Cultura de la Nación. Cuando fui a la casa de gobierno me encontré que a su alrededor se habían establecido numerosos bares y terrazas que estaban llenas de gente. Le dije el gobernador que estaba sorprendido por el progreso que eso revelaba y él me contestó que en realidad quienes llenaban las mesitas tomando café y gaseosas eran empleados públicos que había designado recientemente y aún no tenían lugar donde trabajar. Ante mi asombro, el gobernador, que era peronista (es decir populista), me disparó esta frase: “El cargo público es ahora la mejor expresión de la justicia social”. Quedé atónito. Por supuesto que no le preocupaba saber de dónde vendría el dinero para esos sueldos ni la irracionalidad de contratar gente innecesaria. Los efectos letales serían soportados en un futuro que no le interesaba. No voy a detenerme en la enar-

decida discusión que se produjo en su despacho, pero les aseguro que no nos dejó amigos.

El populismo es siempre estatista. ¿Cómo no lo va a ser, si el Estado es convertido en el instrumento más poderoso para sobornar a la población y mantenerla enajenada? No le importa construir un Estado ágil, eficiente, económico y justo, sino hipertrófico, lleno de punteros políticos y votantes en cautiverio, un Estado que canalice la corrupción que engorda a los jefes y funcionarios leales; que hace regalos con los impuestos del sector productivo y controla que la oposición no levante demasiado la cabeza. En síntesis, un Estado funcional a los caudillos, no a la sociedad infantilizada.

El populismo pretende, además, una sociedad sin contradicciones, sin disenso, sin pluralidad. Todo debe confluir en el poder que está arriba, que anhela ser hegemónico, que odia la competencia y la crítica. Seamos francos: el populismo no ama la democracia; en el mejor de los casos la soporta y se esmera por sojuzgarla con imaginativos y tramposos recursos. Por eso es hipócrita; el doble discurso jamás le produce sonrojo. Todo vale para mantener el control. Nunca pierde de vista que el pueblo debe ser objeto de eterna seducción, de mareante propaganda, para que no se suelte de la mano que se dice paternal.

El populismo no sólo hace regalos a los pobres, sino también a las demás franjas sociales. Los empresarios dejan de ser competitivos; en lugar de apostar a la excelencia, se instalan a la sombra del caudillo (o del Estado que él comanda), para obtener privilegios y ganancias fáciles a cambio de un inequívoco sometimiento. Los beneficios que obtienen son el resultado de la obsecuencia, la corrupción y la mentira, no de méritos ejemplares. En cambio el verdadero sector productivo languidece, porque no recibe los estímulos que sólo llegan a quienes besan los dedos del poder. El resultado es la caída económica, el atraso cultural, la pauperización.

El populismo simula ser revolucionario, y lo simula muy bien. De ese modo atrapa la pasión de jóvenes, intelectuales y gente solidaria, que cae bajo sus hipnóticos malabarismos ideológicos, siempre ambiguos, siempre cambiables. Pero es conservador, reaccionario, amante del statu quo. Como la pretendida revolución nunca llega, la pateo para más adelante. En Argentina abundaron los graffittis que llamaban a “completar” la revolución inacabada de Perón, o se sucedieron las tendencias peronistas que se llaman “auténticas”, en contraste con la anterior, cuyo inevitable

fracaso hundió otro poco más al país.

Utiliza el concepto pueblo como si fuese una esencia supraindividual, una unidad perfecta. Pretenden que el líder, su partido y la nación constituyan un todo sin fisuras (su expresión culminante fue el nazismo). La lealtad se debe ejercer de abajo hacia arriba, nunca en forma recíproca. El pueblo se debe al líder y el líder “dice” (sólo dice) que se debe al pueblo. En el populismo siempre molesta la división de poderes, la alternancia política, la independencia de la justicia, aunque las simulen respetar (violándola sin escrúpulo ni respiro).

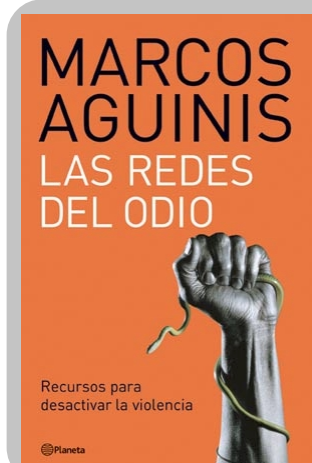
El populismo creció sobre teorías irracionales como el Volkgeist de Herder, que luego encantó a los nazis. También sobre el Narod, palabra equivalente en ruso, tomada por la derecha paneslavista. El fenómeno de las masas –potente manifestación del pueblo- fue desmenuzado críticamente por Gabriel Tarde y Gustave Le Bon, luego por Sigmund Freud.

Señalo ahora algo más grave aún: el populismo inyecta pereza en el pensamiento. Y esto es letal. Desaparece la capacidad crítica, se atrofia la lógica, se oscurece la visión. Como el populismo insiste que la culpa de todo está siempre en otro lugar (“los intereses foráneos”...), lo único que cabe hacer a los ciudadanos –enseña- es quejarse, protestar (con quejas y protestas que no llevan a nada, que sólo hacen descargar energía). Inhibe la crítica de fondo y, en consecuencia, aleja la posibilidad de hacer buenos diagnósticos y aplicar tratamientos eficientes, racionales. El problema siempre son “los otros”. Por lo tanto, de los otros vendrá la solución. Hay que pedir, exigir y hasta extorsionar. En la Argentina las cosas fueron espantosas por culpa del FMI, del Banco Mundial, el G 7, las empresas extranjeras, el imperialismo, la oligarquía, la globalización, la envidia que nos tienen, el calentamiento del planeta y así en adelante. Todavía no incluimos a los marcianos. En cuanto a nosotros mismos, somos ángeles, somos víctimas, y nada po-

demo hacer dentro de nuestra misma sociedad para superar la tragedia que nos asfixia. (Esto que acabo de expresar es común, por desgracia, a casi todos los países atrasados del mundo).

Como el pueblo y su líder son la misma cosa para el populismo y sus derivaciones, el líder hace lo que el pueblo quiere (dice) y el pueblo se lo cree a pies juntillas. No hay más ley que la del pueblo (dice) y, por lo tanto, puede cambiarla o violarla cuantas veces se le ocurra, porque lo hace por deseo o pedido del pueblo (dice). En verdad, la ajusta a sus egoístas intereses. Esto es calamitoso, porque genera una terrible inestabilidad jurídica que, sin embargo, no se percibe ni repudia como tal. La inestabilidad jurídica que prevalece en el populismo genera miedo a la inversión y afecta al aparato productivo. Los países con inestabilidad jurídica son fatalmente pobres. Pero el populismo se las arregla para construir sofismas a partir de una curiosa hipótesis: que la estabilidad sólo beneficia a unos más que a otros. Lo cual puede ser cierto en el corto plazo, pero a la larga rinde altos dividendos a la sociedad en su conjunto.

Juan José Sebrelli, en su libro *Crítica de las ideas políticas argentinas*, demuestra que en mi país hubo populismo conservador, radical y peronista. El populismo peronista llegó más lejos que los otros y hasta ahora, con su líder y fundador muerto hace un cuarto de siglo, continúa atrapándonos en sus redes, con la excusa de que siempre anda a la busca de la versión “auténtica” o “renovadora”. Mantiene viva la ilusión del paraíso perdido, cuando el asistencialismo era frenético y de arriba llovían todos los bienes, en especial para los que juraban y demostraban lealtad. ¿Habrá rebelión contra las iniquidades del populismo? ¿Las sociedades encadenadas a la miseria terminarán por abrir los ojos y repudiar tan arraigada perversidad? ¿conseguirán sacársela de encima, ya que es uno de los factores que no sólo les ha envilecido la economía, sino el alma?



El nuevo libro de:

Marcos Aguinis

Las Redes del Odio

Editorial Planeta

AMÉRICA LATINA: LOS PARADIGMAS DE SU ATRASO

Por Enrique Krauze

1989 fue un año milagroso en la historia contemporánea. ¿Quién que no sea globalifóbico no recuerda sin nostalgia la Revolución de Terciopelo en Praga, la caída del Muro de Berlín, el fin de la Guerra Fría? Mientras esos cambios fundamentales ocurrían en Europa, en América Latina comenzaba a ocurrir un milagro quizá menos dramático, pero igualmente esperanzador: como fichas de dominó que de pronto se pusieron de pie, la mayoría de los países de esta región adoptaba la democracia liberal y abandonaba —al menos parcialmente— cuatro poderosos paradigmas de atraso histórico: el militarismo, el marxismo revolucionario, el caudillismo populista y la economía estatizada y cerrada. Habría sido maravilloso que esos logros del 1989 se hubieran vuelto permanente realidad, y que el destino de aquellos cuatro jinetes de nuestro Apocalipsis fuera —como decía León Trotski— el “basurero de la historia”. Por desgracia, no ocurrió así. La democracia sigue siendo el único sistema legítimo para acceder al poder en América Latina, pero los jinetes cabalgan de nuevo.

El militarismo permanece en la penumbra, no porque los militares en varios países carezcan de fuerza, sino no tienen ya prestigio político ni un proyecto alternativo. Por añadidura, la nueva universalidad de los derechos humanos complicaría su regreso al poder. Con todo, como se ha visto en el caso venezolano, los militares pueden vestirse con la piel de oveja del uniforme civil, llegar al poder mediante elecciones y luego, a la manera de Hitler, utilizar la democracia para acabar con la democracia. El militarismo es un paradigma latente.

El marxismo revolucionario sigue a la baja, y la guerrilla colombiana (mezcla de ideología, terrorismo y droga) lo ha desprestigiado aún más. La violencia ya se considera, en la mayor parte del continente, como una “partera de la historia”. Pero ahora las revoluciones no necesitan de ideas marxistas para gestarse, porque tienen a su disposición la poderosa bandera del indigenismo. La gran densidad de población indígena, su estado de postración y el limitado proceso de mestizaje en la zona andina son realidades históricas que pueden traducirse en la región en una suerte de “fundamentalismo suave”, antioccidental y revolucionario. Quizá el peligro

mayor se concentra en Bolivia y el Ecuador más que en el Perú, donde la democracia y el mestizaje étnico y cultural han hecho avances sustanciales. Desde el punto de vista estratégico, habrá que observar los pasos del neozapatismo mexicano: el próximo 1º de enero se cumplen diez años de su levantamiento. Concentrado en una estrecha comarca el sureste del país, la única zona histórica donde no hubo mestizaje y donde, por consecuencia, siglo tras siglo han estallado rebeliones étnicas, el neozapatismo mexicano no cuenta, sin embargo, con el apoyo de las mayorías, y ni siquiera de las minorías sustanciales (en las últimas elecciones municipales perdió claramente contra los candidatos del pri). Por añadidura, su fuerza y legitimidad se derivan justamente de su carácter no violento. En suma, la violencia revolucionaria es otro paradigma latente: puede resurgir en ciertas zonas, aunque no de manera continental ni concertada.

El populismo, que en los años setenta provocó la debacle económica en México, el Perú y otros países, ha reaparecido. Su secreto es confundir el juicio de la sociedad prometiendo un paraíso terrenal que, por supuesto, nunca llega; pero, en vez de reconocer su fracaso, opta siempre por achacarlo a las oligarquías internas y al imperialismo. De ese modo, el populismo fomenta la irresponsabilidad y, en un extremo, termina por moldear, a la manera totalitaria, la mentalidad del pueblo. El populismo miente por sistema, desgarrar el tejido político, envenena el espíritu público, alimenta la discordia civil. Perón es el ejemplo clásico. La democracia es un acuerdo para legitimar, delimitar, racionalizar y encauzar el poder. El populismo, por el contrario, es una forma arcaica de concentrar el poder, de corromperlo. Por desgracia, el populismo se ha entronizado en Venezuela. Chávez adulteró la esencia de la democracia, coartando las libertades y plantando en su pueblo la mala hierba del rencor social. Su única vocación es permanecer en el mando. Ha mostrado suficientes tendencias autoritarias como para hacer temer la instauración de una dictadura. Si el referendo revocatorio del 28 de noviembre se suspende, Chávez se estaría erigiendo en el heredero natural de Fidel Castro, fomentando, como hizo éste durante décadas, las revoluciones en América Latina.

Chávez se beneficia de un desencanto con las políticas

económicas de libre mercado aplicadas desde finales de los ochenta. La prosperidad que nos tenían prometida no llegó, y la región (con la excepción evidente de Chile, en cierta medida de México, y de algunas economías centroamericanas) ha permanecido estancada, y en algunos casos (Argentina el más señalado) ha retrocedido. El debate está abierto. Hay quien cree –a mi juicio, con plena razón– que, a diferencia de los esquemas populistas y estatistas, que contaron con largas décadas para arruinar nuestras economías, las políticas liberales no han sido instrumentadas con la suficiente amplitud y profundidad ni han tenido tiempo suficiente para mostrar sus beneficios. Otros piensan que el modelo de liberalización se ha de afinar en mayor o menor grado. Quizá tengan cierta razón. Los “tigres” de Asia (algo desdentados ahora, pero tigres al fin) han contado para su desarrollo con Estados fuertes, que no monopolizan pero sí rigen y dirigen sus economías orientándolas hacia nichos de competencia atractivos. ¿Podrán los Estados nacionales en América Latina encontrar esa modalidad de intervención creativa, en un marco de transparencia legal y sentido práctico, y sin violentar el orden macroeconómico?

De una u otra forma, todos los países latinoamericanos viven la misma disyuntiva. Todos buscan seguir enganchados al tren de la modernidad occidental, pero saben que, sin un crecimiento económico sostenido y equitativo, la frágil y joven democracia está en peligro y podría precipitar la convergencia de los cuatro paradigmas: un (neo)militarismo, revolucionario, populista y estatista. Para contrarrestar esta tendencia hay tres reformas posibles que merecen examinarse. Atañen a la microeconomía, el papel los intelectuales y la relación con Estados Unidos.

Latinoamérica está urgida de una revolución, pero no marxista sino microeconómica. La región produce muchos economistas académicos, expertos en modelos matemáticos y graduados en las grandes ligas, pero poca economía aplicada, pocos “ingenieros sociales” como los que reclamaba Karl Popper, que aporten soluciones prácticas para combatir la pobreza. El peruano Hernando de Soto y el mexicano Gabriel Zaid son casos excepcionales. Las ideas de Hernando de Soto sobre la economía informal (en esencia: la necesidad de titulación de la propiedad) son más conocidas que las del escritor mexicano, que desde hace treinta años, en varios libros y ensayos, ha formulado proyectos teóricamente sustentados para favorecer a los más necesitados. No conozco aportación más amplia y original sobre el tema que *El*

progreso improductivo (México, Siglo xxi, 1979). En la tradición de Schumacher –*Small is beautiful*–, se trata de una enciclopedia razonada de microeconomía, con multitud de ideas prácticas para que los sectores públicos y privados de los países pobres emprendan acciones productivas que mejoren, a corto plazo, los términos de intercambio con la población pobre y marginada en los campos. Sus ideas nada tiene que ver con los viejos esquemas de asistencialismo estatal. Si el Estado latinoamericano moderno está en busca de vinos nuevos con que llenar sus antiguos odres de vocación social, las ideas de Zaid están a la mano.

Éstos y otros cambios serían más factibles si en nuestros países proliferaran figuras de la independencia y responsabilidad de los Havel, Sajarov, Michnik; en otras palabras, si se dispusiera de una moderna vanguardia intelectual que defendiera a toda costa los valores de la modernidad democrática, y explicara a la opinión pública por qué los modelos económicos autárquicos y proteccionistas no funcionan (por ejemplo en el caso dramático de Bolivia, que tiene gas natural para 600 años, pero pretende dejarlo enterrado para defender la “soberanía nacional”). Por desgracia, desde hace más un siglo la *intelligentsia* latinoamericana ha sido más doctrinaria que crítica, con una postura antiliberal que favorece y refuerza los cuatro paradigmas de estancamiento (o, si se quiere, tres y medio): si bien son enemigos de los dictadores de derecha, no han visto mal a ciertos militares “de izquierda”, no se diga a Fidel Castro, los sandinistas y ahora a Hugo Chávez. Para muchos de ellos, el fracaso del “socialismo real” fue un accidente pasajero de la historia. Muy pocos abogarían ya por la instauración de un régimen comunista, pero el populismo político y económico –la implantación de los dos últimos paradigmas– es su objetivo natural. La *intelligentsia*, en suma, ha sido un factor clave del subdesarrollo latinoamericano. Los empresarios latinoamericanos deberían invertir en la formación de líderes intelectuales, enviando a jóvenes no sólo a estudiar en universidades estadounidenses o europeas (que a veces padecen el mismo virus doctrinario), sino a trabajar directamente en los mejores diarios, revistas, estaciones de radio y televisión de carácter democrático y liberal en el Occidente desarrollado. Nuestros países están urgidos de salir de la confusión y la retórica, requieren conocimiento sólido, investigación empírica, método científico, espíritu de innovación. Formar esas elites intelectuales y científicas debería ser una prioridad continental. Un poderoso factor externo incide en los procesos de

apertura económica regional: el proteccionismo de Estados Unidos (y el de los países europeos), dispuesto a defender puertas adentro “la mano invisible” de Adam Smith, pero aún más proclive a meter la mano en favor de sus agricultores ineficientes con subsidios que afectan severamente al productor latinoamericano, los cuales no sólo contradicen sino que desprestigian el proyecto de la globalización. En éste y muchos otros sentidos, Estados Unidos sigue descuidando gravemente a nuestros países. Al hacerlo, no sólo comete una injusticia sino un error de proporciones históricas. La adopción continental de la democracia liberal y el libre mercado es, en el fondo, un intento de convergencia con Estados Unidos que puede revertirse a corto plazo. Si el ensayo no da frutos tangibles, América Latina puede desembocar en el desencanto por su modernización frustrada. Y las consecuencias pueden ser en verdad terribles: quiebra de la democracia, rechazo de la vida política institucional, vuelta a la violencia. No el espejo de Chile (que, siguiendo la pauta de España, está en el umbral del Primer Mundo) sino el de Venezuela y Colombia. Un continente ingobernable, de

insurrecciones milenaristas, bandas callejeras y traficantes de drogas. El Vietnam latinoamericano que sueña el líder boliviano Evo Morales. Si llegara a cesar por entero el milagro democrático, Estados Unidos miraría de nueva cuenta la región preguntándose – con la irresponsable candidez, ignorancia y desprecio que lo caracteriza– por las razones del desastre.

América Latina –hay que recordarlo en medio de la confusión, los peligros e incertidumbres de la actualidad– no es una zona desahuciada para la modernidad por sus querellas tribales y sus maldiciones bíblicas, un desierto o una selva donde se entronizan el hambre, la peste y la guerra. No es África. América Latina no es una vasta civilización fanática y guerrera, opresora de la mitad femenina de su población, rumiando por siglos o milenios sus odios teológicos. No es el mundo islámico. América Latina es un polo excéntrico de Occidente, pero *es* Occidente. Para seguirlo siendo necesita mirar hacia la España moderna, no hacia el pasado indígena o virreinal. Y necesita mandar al “basurero de la historia” los cuatro paradigmas de su retraso ancestral.

El contenido de este Documento corresponde a las presentaciones realizadas por Marcos Aguinis y Enrique Krauze en el Seminario Internacional "Las amenazas a la democracia en América Latina: Terrorismo, neopopulismo y debilidad del estado de derecho", organizado por la Fundación Internacional para la Libertad, la Atlas Economic Research Foundation y la Fundación Friedrich Naumann (Bogotá, 6 y 7 de Noviembre de 2003).

Enrique Krauze
TRAVESÍA LIBERAL

colección andanzas



El nuevo libro de:

Enrique Krauze

Travesía Liberal

Editorial Tusquets

El **Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL)** se constituyó como Fundación en febrero de 2003 con el objetivo de estudiar la política latinoamericana y promover los principios de una democracia liberal en los países de la región. Para tal fin realiza los siguientes programas: Política Latinoamericana; Democracia y Libertad de Expresión; Economía y Estado de Derecho; e Intercambio Académico.

El **Programa Política Latinoamericana** está dedicado al estudio y análisis de la actualidad política, económica y social de la región. Este programa incluye la publicación del informe mensual PAPER Latinoamericano, la serie de Documentos, la edición de libros, los artículos y entrevistas de Actualidad Regional, y la organización de eventos con expertos locales y extranjeros.

El **Programa Democracia y Libertad de Expresión** observa la situación de las libertades civiles y políticas en los países de la región. Actualmente, este programa brinda principal atención a: promover la apertura democrática en Cuba y llamar la atención sobre la situación de los derechos humanos en ese país; y a observar la situación de la libertad de prensa en Colombia y en Venezuela.

El **Programa Economía y Estado de Derecho** observa el desempeño de las instituciones y la situación de las libertades económicas en los países de la región. Actualmente, este programa brinda principal dedicación a la difusión y el debate sobre la experiencia chilena y la de otros países que experimentan avances en esta materia.

El **Programa de Intercambio Académico** promueve el estudio de la realidad Argentina y regional a través de la realización de investigaciones y/o trabajos de campo en Buenos Aires por parte de estudiantes de licenciatura y maestría radicados en el exterior.

Para el cumplimiento de su misión, CADAL ha contado inicialmente con donaciones de la Atlas Economic Research Foundation, la Representación en Argentina de la Konrad Adenauer Stiftung, el Directorio Democrático Cubano, el Instituto TIMBRO de Suecia y también con aportes de particulares.

Presidente: Carlos Gervasoni. *Vicepresidente:* Pedro Isern Munné. *Secretaria:* María Reviriego. *Tesorera:* Emilce Grimi. *Director General:* Gabriel Salvia. *Subdirector:* Hernán Alberro. *Representante en Uruguay:* Nelson Fernández. *Asesor del Programa Democracia y Libertad de Expresión:* Fernando Ruiz. *Coordinadora de Desarrollo Institucional:* Magdalena Irigaray. *Jefe de Redacción PAPER Latinoamericano:* Santiago Alles. *Asistente del Programa Democracia y Libertad de Expresión:* Alexander Güvenel. *Administración Contable:* Marisa Divitto. *Webmaster:* Sergio Casais.

Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL)

Av. Roque Sáenz Peña 628 2º R
C1035AAO - Buenos Aires - Argentina
Tel.: (5411) 4343-1447
E-mail: centro@cadal.org
website: www.cadal.org